

COLOMBIA VIOLENTA, COLOMBIA PELIGROSA, COLOMBIA RUMORADA:
SOBRE EL LUGAR DE LOS RUMORES EN LAS PERCEPCIONES DE PAÍS DE
QUIENES VIVIMOS EN BOGOTÁ

Por: Ruth Vargas Rincón

Hace más de cinco años viajé con un grupo de amigos a un lugar de la costa atlántica llamado Quebrada Valencia, que está ubicado cerca de la carretera Santa Marta - Riohacha, un poco más al norte del Parque Tayrona. Salimos desde Santa Marta como a las nueve de la noche en un bus que recuerdo casi desocupado: sólo estábamos nosotros, que éramos como doce. Desde el principio yo estaba algo asustada es decir, en ese momento, viajando solos y en la noche por una carretera colombiana, no era la situación más tranquila del mundo. Sin embargo, nadie hablaba del asunto, al contrario, nos entreteníamos en conversaciones que nos alejaban de lo que estábamos viviendo.

Cuando íbamos en la mitad del viaje, más o menos, el bus se detuvo de repente y las luces se encendieron. Ahí, en medio de la nada, se abrió la puerta y un hombre uniformado se subió identificándose como miembro del Ejército Nacional y pidiéndonos que nos bajáramos para hacer una requisita, entonces nos vimos en medio de la noche, sin maletas, entre un grupo de extraños, expuestos en esa carretera desolada. Cuando pudimos volver al bus y éste se puso en marcha no lo podíamos creer: nuestros corazones latían a mil y risas nerviosas invadieron el ambiente, mientras que, por fin, nos confesábamos que habíamos estado sintiendo miedo; luego nos contamos historias de violencia que alguien nos había contado o que habíamos por ahí escuchado.

Después de un tiempo el chofer nos avisó que habíamos llegado a nuestro destino, lo cual fue corroborado por nuestro guía, el único miembro del grupo que había estado allí antes. Nos bajamos en un punto (cualquiera) de la carretera en el que, se suponía, debíamos adentrarnos un poco en el monte para, luego de una corta caminata, llegar a Quebrada Valencia. Cuando el bus desapareció de nuestra vista quedamos totalmente a oscuras y, de nuevo, nos acogió una sensación de soledad y de vulnerabilidad. Una vez recobrado el aliento, empezamos a caminar lentamente por los matorrales y a alejarnos cada vez más de esa carretera que no conocíamos (que a duras penas veíamos), pero que representaba nuestra principal protección. Siguiendo a nuestro guía y sin saber hacia dónde íbamos, caminábamos a tientas, apenas alumbrados por

la luz de dos linternas (una en cada extremo de la fila) y susurrando cada vez que hablamos, como si no quisiéramos que ‘alguien’ nos escuchara o se enterara de nuestra presencia.

No estábamos muy lejos de la carretera (aunque parecía que habíamos caminado durante siglos) cuando uno de los del grupo rompió un tubo de agua: ¡lo único que faltaba! fue lo que pensamos. Rápidamente alguien amarró como pudo el tubo porque nos asustaba que un habitante de las fincas que se habían quedado sin agua viniera a buscar la causa y entonces nos encontrara a nosotros, los responsables, quienes desde que nos bajamos del bus hicimos todo lo posible por no ser detectados. Luego nos devolvimos a la carretera en un silencio mayor pero con una rapidez inimaginable, casi sin hacer caso de la oscuridad que nos cubría desde el momento en que habíamos decidido apagar las linternas para mimetizarnos en la noche y desandando de memoria un camino que parecía habíamos andado hacía mucho tiempo. Una vez en la carretera, buscamos un lugar para escondernos y pasar la noche, como si el peligro se acabara con la luz del sol; estábamos muertos del susto porque sabíamos que alguien iba a llegar y nos iba a buscar, pero no sabíamos lo que nos podría pasar.

Encontramos una placita de cemento con techo y allí nos acurrucamos, muy juntos unos con otros; a duras penas sacamos nuestras chaquetas para suavizar un poco la dureza del piso y una linterna que luego preferimos no encender, después de que el primer interno nos mostrara que su luz nos delataba inmediatamente. Ya nos estábamos acostumbrando al silencio cuando ocurrió lo temido: escuchamos a lo lejos una moto que se fue acercando poco a poco y que cuando estuvo al frente nuestro, bajó la velocidad y finalmente se detuvo. Nuestros corazones latían a mil. De la moto se bajaron dos personas (dos hombres) que hablaban en voz alta e iluminaban con sus linternas el mundo entero, mostrándonos que todo se escuchaba y todo se veía y que por ello había sido una buena decisión susurrar casi hasta el silencio y evitar nuestras propias linternas. Nosotros ya ni siquiera respirábamos y estábamos casi encima unos de otros, intentando fusionarnos con el cemento. Las dos personas se metieron por el sendero que llevaba al tubo roto y allí estuvieron un buen rato, luego se devolvieron a la carretera, se montaron en la moto, la encendieron, dieron un par de vueltas a baja velocidad y se fueron.

Nosotros entonces respiramos, nos movimos un poco y prendimos una linterna como para reconocernos y corroborar que estábamos y que estábamos bien. Hablamos, suspiramos y nos reímos, pero sólo un instante porque, de nuevo, oímos una moto. La moto se acercó y cuando estaba casi al frente nuestro bajó la velocidad, pero esta vez no se detuvo, sólo alumbró y

siguió derecho; luego se devolvió repitiendo más de una vez el mismo procedimiento. A lo largo de la noche, en la que por supuesto ninguno de nosotros cerró los ojos (al menos para dormir), varias motos pasaron por la carretera y cada vez sentimos lo mismo: bajaban la velocidad al frente nuestro, nos iluminaban y miraban con cuidado, se devolvían y seguían su camino. Ahora nos reímos contando la anécdota (aunque sigue siendo una de esas risas nerviosas que se acompaña de ojos abiertos), pero, en serio, fue una experiencia aterradora.

¿Qué fue lo que permitió que nosotros, todos bogotanos y en ese tiempo ‘ajenos’ al conflicto armado que vivía el país, experimentáramos tal terror sin que ‘nada’ hubiera pasado y en un lugar que no conocíamos? ¿Qué sabíamos nosotros del lugar en el que estábamos, de lo que allí pasaba o había pasado y cómo lo habíamos sabido? ¿Cómo construimos esas percepciones desde Bogotá y por qué el miedo y la violencia eran dos de sus marcas características? Para ir dando cuerda a estas inquietudes, propongo dos ideas:

Primero,

Que en Bogotá producimos múltiples narraciones que hablan sobre el resto del país (es decir, de esas partes del país que en Bogotá son vistas como ‘el resto’) y que contribuyen a los imaginarios de país que vamos elaborando, imaginarios de un país con características particulares. Dice Arfuch (2002) que los pequeños relatos, como esos que vamos produciendo en la cotidianidad, no hablan sólo de las historias locales sino ‘del mundo de la vida’ en general; en este caso, esas narraciones que antes señalé tienen relación con la formación de lo que significa ‘ser colombiano’ y ‘vivir en Colombia’.

Y segundo,

Que en esas narraciones, entendidas como acciones, podemos experimentar lo que contamos en el momento mismo en el que lo hacemos, lo que implica que tales experiencias empiezan a ser parte de ‘lo vivido’ tanto por quien narra como por quien escucha. Retomando a Arfuch (2002), la vivencia es aquello que se destaca en el flujo de la vida, que hace parte de ‘uno mismo’ y que guarda una relación inmediata con esa totalidad que se asume como la vida. En este sentido, las narraciones que elaboramos en Bogotá y que hablan del país no nos dejan inmunes: no sólo participan en la producción de quienes somos, sino que pueden hacer parte fundamental de nuestras experiencias, de nuestras biografías.

Profundizar en lo anterior requiere, primero que todo, recordar tres conceptos que aquí son clave: narrativa, oralidad y conversación. Para empezar, podemos decir que lo que caracteriza a la *narrativa* es que nos pone en un plano discursivo enfocado en las historias o experiencias de vida, lo que implica, sin embargo y como lo plantea Visacovsky (2007), tener presente que la narrativa también refiere a las prácticas sociales y a los contextos específicos en los que son elaborados los discursos. Para Ricoeur (1996), el gran teórico de la narrativa, ésta es la que da forma a los acontecimientos vivenciales en tanto los pone en relación, por ello, la narrativa es dimensión central (no única) en la producción de la experiencia.

Sobre la *oralidad*, podemos seguir a Vich y Zavala (2004) para entenderla como performance, como práctica, como experiencia realizada, lo que nos permite asumir que de las narrativas orales no son entes con vida propia que van circulando de boca en boca, por un lado, y, por el otro, que de ellas no es sólo importante enfocar lo que dicen, sino también la forma como son producidas en contextos específicos. En tanto performances, las narrativas orales también nos ponen en relación con los cuerpos, con las historias a través de ellos expresadas, con las experiencias en ellos inscritas, con las memorias que allí se van produciendo y reproduciendo (Orrantía, 2009).

Y, finalmente, la *conversación* no lleva a enfocar en una relación en la que se asume que el narrador, desde el principio, quiere interpelar a su escucha; entonces, como lo propone Arfuch (2002), lo que importa no es la temática narrativa, sino lo que el narrador solicita y ofrece al destinatario de su narración porque ello es lo que permite ver la historicidad y ‘valoración de mundo’ asociadas a una específica narrativa: esta es la dimensión ética que es indisoluble de la dimensión estética. Pero Vich y Zavala (2004) también llaman la atención sobre el escucha, en la medida en que éste participa en el proceso interpretativo y hace parte del contexto performativo. Entonces, ni el narrador ni el escucha tienen la primacía, más bien ésta recae en la mutua relación y en la simultaneidad de la acción narrativa, teniendo en cuenta que así la narración no sólo es colectiva, sino que, además, no es nunca totalidad (aunque parezca serlo) ni punto finalizada (aunque parezca serlo).

Con estas puntadas en mente, retomemos la exploración sobre esas narrativas orales que sobre el país vamos elaborando en conversaciones cotidianas quienes vivimos en Bogotá. Uno de los asuntos centrales en estos procesos es que estas múltiples narrativas se van entrecruzando mutuamente y articulando en la cotidianidad, es decir, que ponemos en relación esas historias

provenientes de diversos escenarios y que son expresadas en formas diferentes, bien sea a modo de noticias, de recuerdos, de anécdotas, de rumores, de...; por ello, podemos pensar que la producción de mundos, subjetividades y experiencias es ‘inter-narrativa’. En este punto me interesa enfocarme en los rumores, en la medida en que creo que éstos son el principal material de la elaboración narrativa que antes he señalado; en este sentido, llamar la atención sobre la centralidad que actualmente tienen los rumores en la elaboración de experiencias y mundos, es llamar la atención, entre otras cosas, sobre la idea planteada por algunos autores de que los rumores proliferan en escenarios de crisis política (Perice, 1997), donde lo público está en problemas o donde la democracia no es abierta (Abreu Sojo, 1993).

Este enfoque implica lidiar con la idea común de que el rumor no le pertenece a nadie, que circula por ahí como una historia suelta siendo manipulado por las personas o produciendo efectos colectivos de diversa índole. Sin embargo, aún con las particularidades que no podemos desconocerle, lo que aquí estoy proponiendo es entender el rumor como una más de las narrativas orales que vamos produciendo en conversaciones, lo que significa atribuirle las características y los efectos que antes he enfatizado: los rumores, entonces, también son parte (o pueden serlo) de lo que apropiamos como vivido (incluso si aquello que éstos dicen no ha sido por nosotros ‘efectivamente’ vivido), son componentes (centrales) de nuestras biografías y son productores de experiencias. Por supuesto, esto no evita que nos preguntemos ¿cómo lo logra, si el rumor carece de ese ‘yo’ que es uno de los puntos claves en la apropiación de las historias que escuchamos, en la medida en que permite su verificación?, ¿cómo lo logra si la ausencia de esa primera persona en el enunciado no sólo es lo que caracteriza al rumor, sino también lo que le otorga la posibilidad de producir particulares efectos de realidad?

Para avanzar en estas ideas, sigo a Das (2006) en tres asuntos clave a tener en cuenta en una aproximación al rumor:

Primero,

El rumor puede hacernos experimentar los acontecimientos que enuncia durante su el acto de su enunciación (esta es su fuerza perlocucionaria) porque no está atado a las palabras del narrador y porque da vida a memorias que por no haber sido apropiadas colectivamente, sobreviven en el presente como conflictos no resueltos. En este sentido, además, en el proceso de producción intersubjetiva otros elementos, que no necesariamente discursivos, aportan a la

apropiación de historias narradas como si ‘efectivamente’ hubieran pasado, por ejemplo, esos aspectos asociados al cuerpo como la gestualidad y las emociones.

Segundo,

El rumor es una y otra vez producido (difundo o circulado, usando palabras que no me gustan del todo) porque quien lo escucha siempre quiere, de manera incontrolable, volver a contarlo. Esto, según Das (2006), es lo que hace que el lenguaje sea algo comunicable, ‘infeccioso’, y es gracias a esta cualidad que es posible que los eventos narrados ‘sucedan casi como si hubieran sucedido en la naturaleza’.

Y tercero,

El rumor activa dos procesos lingüísticos (la rotación y la traducción) que actualizan ciertos eventos o asuntos del pasado para conectarlos con eventos o asuntos del presente, lo que da como resultado una relación entre acontecimientos que no necesariamente están relacionados; es posible pensar esto si, como Das (2006), entendemos ‘lo social como relato inacabado’, es decir, si aceptamos que conflictos irresueltos o memorias no apropiadas pueden ser traídos al presente llenado la cotidianidad de incertidumbre, de conflicto y de esa sensación de que todo tiene que ver con todo (esto es, esa sensación de paranoia).

Creo que los rumores son importantes en la ciudad, en el sentido que he señalado, porque en cada conversación le impregnan sus propiedades específicas a la totalidad narrativa; esto tiene tres efectos: primero, la dificultad de determinar qué es rumor y qué no lo es, es decir, de fragmentar una particular narración en rumores y otras formas narrativas; en este marco, la totalidad narrativa gana la ambigüedad del rumor, ese puede ser o no ser al tiempo, esa poética de lo implícito que siempre es dicho, esa incertidumbre que se resuelve en cada momento y según los atributos de legitimación aplicados, teniendo en cuenta que, como lo señaló Kapferer (1989) hace mucho tiempo, toda certeza es socialmente construida. Segundo, las narrativas que así vamos elaborando circulan con tranquilidad, dado el carácter contagioso del rumor; en este sentido, el rumor es interesante porque se acomoda a las necesidades e intereses de los agentes narrativos y porque en algunos momentos puede funcionar como bisagra, como conector que llena vacíos o articula biografías y memorias. Y tercero, la producción de experiencias efectuada en esta acción narrativa adquiere mayor potencia en la medida en que, por un lado, se ancla en el aspecto emocional que induce el rumor y, por otro, se afirma con cierta gestualidad: el susurro, el cuerpo cercano, la mirada de sospecha...

¿Qué pasa cuando se trata de narrativas que hablan de violencia, de historias de violencia?, ¿qué lugar y efectos tienen allí los rumores? Parto de reconocer la dificultad de encontrar a alguien que no haya sido tocado, de una u otra forma, por la violencia de la guerra, pero, especialmente, de reconocer que las historias de violencias perpetradas contra los ciudadanos son comunes en Bogotá y que cuando el tema sale en una conversación todos los participantes tienen algún relato para contar. Recuerdo que en una charla dada en la Universidad Javeriana hace un par de años, María Victoria Uribe contaba que cuando, como miembro del grupo de Memoria Histórica de la CNRR, empezó su investigación sobre la masacre cometida por grupos paramilitares en El Salado, esperaba encontrar relatos que le hablaran de determinados sucesos, esos que en Bogotá se narraban para dar cuenta de lo que allí había sucedido. Por ejemplo, que los paramilitares habían usado motosierras, que habían tocado tambora durante toda la masacre, o que exhibieron los cuerpos sobre mesas al frente de la iglesia. Sin embargo, María Victoria señalaba que no encontró referencia estos eventos ni en los archivos de la Fiscalía, ni en las versiones libres, ni en las entrevistas realizadas a algunos testigos oculares. Por esto, ella se preguntó de dónde habían salido tales historias y por qué habían logrado esa fuerza que les había permitido suplantar la realidad; en este sentido, parte de su respuesta fue que estas historias habían empezado a circular en una tesis elaborada por una estudiante de la Universidad Javeriana que estaba basada en relatos de personas desplazadas de El Salado que no habían atestado la masacre. Dado esto, María Victoria propuso la noción de ‘relato fantasmático’ para dar cuenta de lo que se le añade a la realidad para hacerla más agobiante.

Con esto en mente, creo que los rumores permiten que zonas del país que muchos de quienes vivimos en Bogotá ‘no vemos’ aparezcan en nuestros mapas. En este sentido, lo primero que quiero señalar es que no sólo somos quienes vivimos en Bogotá los que no sabemos (o no queremos saber) lo que sucede en el ‘resto’ del país; al contrario, creo que esto sucede en diversos lugares. Por ejemplo, hace unos meses estuve en el Carmen de Bolívar y uno de los asuntos que me impactó fue el desconocimiento que allí se tiene sobre la actualidad de otras regiones del país, tanto que pareciera que se tratara de mundos no sólo diferentes sino también distantes; gracias a esto, la violencia vivida en el Carmen (y, en general, en el Sur de Bolívar) se percibe como única, como si sólo sus habitantes hubieran sufrido las atrocidades de la guerra: el Otro es otro, entonces, porque no vive lo que ‘yo’ he vivido o lo que ‘nosotros’ hemos vivido. En Bogotá, sin embargo, hay un elemento que potencialmente revierte este tipo de construcciones que puede dar pautas para otras formas de reconocimiento: no sólo se viven

encuentros con personas provenientes de diversos lugares, sino también encuentros con sus múltiples historias y experiencias tanto personales como colectivas.

En este momento en el que el uso indiscriminado de categorías altamente abstractas (como violencia) promueve homogenizaciones que borran particularidades y teniendo en cuenta que el centralismo y regionalismo antes señalados funcionan porque posicionan (y se posicionan) en estereotipos que parecen inamovibles, los rumores permiten que lo que va sucediendo en diferentes lugares se vaya conociendo en las conversaciones cotidianas y gracias a esto, por ejemplo, algunos saben lo que ha sucedido en El Salado. Creo así se van produciendo ciertos vínculos, ciertas cercanías dadas por las historias de violencia, como si algo de lo que nos identifica como colombianos tuviera que ver con una historia común y continua de violencia. La relación entre acontecimientos, desde esta perspectiva, da forma a una linealidad histórica que brinda coherencia al presente en su relación con el pasado, un pasado que, a la vez, sostiene la división entre Bogotá y el ‘resto del país’, una división que así se vuelve eterna, casi natural. Siguiendo a Visacovsky (2007), este tipo de conexiones entre pasado y presente otorgan legitimidad al segundo ya que garantizan su continuidad con el primero, pero también potencian nuevas alternativas al poner en jaque una simple reproducción del pasado.

En relación con lo anterior, uno de los efectos problemáticos es la percepción de que Bogotá, precisamente por su distancia con el ‘resto’ del país, es ajena a la guerra, a la violencia del conflicto, a esa idea de que ‘sabemos lo que pasa en otros lados pero aquí eso no pasa’. Se nos olvida de esta forma que Bogotá es uno de los mayores receptores de población desplazada por el conflicto armado, por ejemplo, o que quizás la división entre ‘allá y acá’ es violenta en sí misma y está en la base del conflicto. En este marco, no obstante, los rumores también pueden tener efectos opuestos, en la medida en que permiten evidenciar, al mismo tiempo, las huellas de la guerra que se suelen invisibilizar en la cotidianidad de la ciudad y las marcas de conflictos irresueltos, exclusiones y desigualdades (como aquellas asociadas al centralismo) que funcionan como condiciones de posibilidad de la guerra y sus violencias (Orrantia, 2009); conflictos que percibimos como asuntos de un pasado superado, pero que reanimamos en nuestras conversaciones, abriendo con ello la posibilidad de desafiar tantos sentidos comunes.

Otro de los efectos de las narrativas que aquí nos importan es que éstas fijan las identidades de los lugares y de las personas de quienes hablan, asignándoles características de violencia; esto es posible porque expresan subjetividades y vidas que no se transformaran, que son

monocromáticas, unitarias y unidimensionales. Recuerdo que cuando decidí vivir por un tiempo en Barrancabermeja mi familia, entre bendiciones y miles de recomendaciones, sólo me hablaba de lo peligroso que era ese lugar; yo también lo creía, por supuesto, por eso fue incluso ‘frustrante’ llegar allí y no ver nada ‘extraordinario’, darme cuenta de que no iba a experimentar una aventura de alto riesgo. Esa imagen de zona roja o zona de guerra que yo había formado desde Bogotá no tenía que ver con lo que viví en Barranca (en general, con lo que viví en el Magdalena Medio), lo cual no significa que desconozca historias, experiencias y efectos de la guerra, sino que reconozco que hay muchas cosas más y que tanto la vida como la cotidianidad de un lugar no se agotan nunca ni en las atrocidades, ni en el terror ni en los eventos violentos.

Finalmente, creo que en Bogotá los rumores son lugares donde aparecen historias y biografías que no tienen otros escenarios para hacerse públicos, en tanto cuestionan tanto el anonimato que caracteriza a la ciudad como la generalización de las cifras que protagonizan los discursos sobre violencia. Estas historias y biografías no siempre son explícitas y, como señalé antes, no son elaboradas sólo a través de palabras; así mismo, en tanto rumores, rompen la cotidianidad o aparecen entre las conversaciones sin ser invitadas, en miradas, gestos, en las inscripciones que durante la narración vamos haciendo a nuestros cuerpos. Siguiendo a Orrantia (2007), creo que de esta forma se van insinuando memorias silenciadas pero que se niegan a ser controladas, eliminadas, ‘encapsuladas’, entrecruzándose con la cotidianidad y enturbiando la supuesta tranquilidad y ‘transparencia’ de la ‘normalidad’.

Quizás uno puede preguntarse si el rumor funciona en algunos casos como lugar para el duelo en términos butlerianos (Butler, 2006), en la medida en que nos permite reconocer en la esfera pública a las víctimas, a víctimas específicas, acercándonos a historias personales particulares. Lo que el rumor nos estaría advirtiendo desde tal perspectiva, tiene que ver con el peligro de la deshumanización del Otro que, como Butler señala (2006), se puede hacer a través de los límites del discurso que se establecen con la prohibición y la forclusión; esto en al menos dos dimensiones: por un lado, en relación con esas experiencias que se pierden porque no refieren a una persona significada como ‘personaje público’, o porque se diluyen en la abstracción de los conceptos y la generalización de las cifras, o porque remiten a alguien que, en términos de Butler (2006), no es digno de ser llorado; todas éstas, experiencias que pueden encontrar en los rumores escenarios de expresión y visibilización.

Por otro lado, en tanto nos hace pensar en el rumor de otra forma, es decir, reconociendo su centralidad en nuestro actual contexto; creo que no hacerlo es evitar la oportunidad de pensar escenarios no institucionales para la producción de memorias, por ejemplo, o quizás es correr el riesgo de volver a deshumanizar o a invisibilizar vidas y experiencias que la violencia ya ha deshumanizado o invisibilizado. Hacerle otras preguntas a los rumores es, entonces, puede ser una oportunidad para pensar memorias menos excluyentes y responsabilidades éticas.

Una de las preguntas que me surge tiene que ver con la posibilidad de encontrar formas de relación, articulaciones, puntos de unión, que superen distancias que en este momento parecen casi irreductibles, entre víctimas – no víctimas, o víctimas directas – víctimas indirectas, o... Si la forma en la que aquí entiendo las narrativas, específicamente el rumor, implica una cierta conexión con historias de violencia que nos interpelan por el hecho mismo de la violencia, ¿no será posible ver una forma de articulación ética entre los protagonistas del relato inicial de esta ponencia y víctimas?, ¿una articulación porque presto mi cuerpo a tu dolor (retomando a Das) o porque reconozco nuestra mutua vulnerabilidad (retomando a Butler)?

Quiero llamar la atención sobre la relación entre rumor y silencio que propone que el primero cobra centralidad en momentos o contextos donde la violencia y el terror imponen el segundo. Pienso en análisis en los que si bien se reconoce que el rumor es complejo, es usado por las personas y tiene diversos efectos, se parte de un escenario en el que la gente no puede hablar públicamente o prefiere no hacerlo en la medida en que es la propia vida lo que está en juego. Creo, como lo he dicho, que el rumor es una forma narrativa y, en ese sentido, productor de experiencias y también narración de historias personales, de biografías, de vidas; por ello es necesario que lo pensemos enfocando la atención en quienes lo narramos y, en consecuencia, somos por él producidos.

Para finalizar este tejido que va quedando con infinitas puntadas sueltas, quiero enfatizar que las preguntas que le hagamos al rumor ganan en la medida en que indaguen por su forma de producción de efectos de verdad y de realidad, más que en su supuesto carácter de verdad no revelada, o disfrazada, o fragmentada, o distorsionada. Finalmente, ¿quién puede determinar si lo que les conté al principio es un rumor o cuánto de ese relato ha sido formado con rumores?, ¿de hecho, en serio hacer tal fragmentación y distinción es importante?

BIBLIOGRAFÍA

ABREU SOJO, I. *Los rumores en Venezuela. Elementos para su estudio*. Caracas: Ediciones Centauro, 1993.

ARFUCH, L. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2002.

BUTLER, J. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2006.

DAS, V. *Life and words. Violence and the descent into the ordinary*. Berkeley: University of California Press, 2006.

KAPFERER, J.N. *Rumores. El medio de difusión más antiguo del mundo*. España: Plaza y Janés Editores, 1989.

ORRANTIA, J.C. *Desde el pantano: momentos del descenso a la cotidianidad*. En: Antípoda, No. 5. Julio – Diciembre de 2007, pp. 15 – 29.

ORRANTIA, J.C. *Momentos de silencio, Serie 1 – 8*. En: Antípoda, No. 9. Julio – Diciembre de 2009, pp. 217 – 230.

PERICE, G.A. *Rumors and politics in Haiti*. En: Anthropological Quarterly, Vol. 70, No. 1. January 1997, pp. 1 – 10.

RICOEUR, P. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1996.

VICH, V. y ZAVALA, V. *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2004.

VISACOVSKY, S. *Cuando las sociedades conciben el pasado como “memoria”: una análisis sobre verdad histórica, justicia y prácticas sociales de narración a partir de un caso argentino*. En: Antípoda, No. 4. Enero – Junio 2007, pp. 50 – 74.

